

terrible, todo lo absorbe y todo lo justifica para su establecimiento y conservación (1).

Relacionemos este concepto de patria, que existe no sólo en ésta sino en toda su obra, con el fin que se propone en *El principio*, y tendremos el espíritu que lo anima en la preparación de este opúsculo. Después de este breve estudio creemos que es innegable la existencia de un espíritu en su obra. Esta no es el conjunto abigarrado e inconexo de principios matizados por ejemplos que han pretendido hallar los críticos adversos; no es una obra de ocasión; no es el libro de los tiranos. Es algo más que eso: es el libro de un experimentado y sagaz político italiano, inflamado por su patriotismo, bajo la influencia del Renacimiento.

REALISMO

Para juzgar a Maquiavelo hay que tener muy en cuenta la época en que escribió su obra: los acontecimientos políticos, sociales, culturales, económicos, religiosos, etc., que llenaron el escenario en el momento en que vive el político florentino. Maquiavelo es un escritor realista, lo que vale decir que extrae de la realidad de la vida, del espectáculo que el Estado le presenta, su juicio. Definiendo su criterio de escritor desde el punto de vista que lo estamos considerando, he aquí una frase suya que corrobora la tesis que venimos sustentando. El dice: « Prefiero decir la verdad como es, a como nos imaginamos que es »; y refiriéndose a los que abordan los problemas de la política únicamente desde el punto de vista de lo abstracto y de lo teórico,

(1) Concepto tomado de F. de Sanctis, *Storia de la letteratura italiana*.

dice : « Principados y repúblicas que nunca se vieron en la realidad, los han soñado muchos en su fantasía. » Y aun más, como si echara una mirada penetrante en el ambiente social en que vivía, agrega después : « Es tan grande la diferencia que hay entre cómo vive uno a cómo debe vivir, que el que prefiera lo que debe hacerse a lo que se hace en la vida corriente, camina a su ruina antes de que a su rehabilitación ; y el hombre que quiera conducirse con honestidad en todos los casos, fracasará necesariamente entre tanto bellaco. Así, pues, el príncipe debe ser bueno o malo, según le aconsejen las circunstancias. » Fué un político práctico que jamás perdió de vista la realidad, apoyándose siempre en observaciones personales. La decadencia de aquellos pequeños Estados y las luchas intestinas impresionaron su mente de un modo extraordinario y le impulsaron a buscar con afán el medio de remediar los males de su patria. Las máximas que se han tildado como las más inmorales que figuran en *El príncipe*, capítulo XVIII : Que el príncipe debe faltar a la fe jurada cuando el mantenerla le produzca algún mal y al romperla debe observar apariencias de lealtad ; que el príncipe debe valerse de la virtud como una máscara útil, fueron siempre usadas en la política de aquellos tiempos y Maquiavelo no hizo más que copiarlas de la realidad. Una de las mejores pruebas de que *El príncipe* fué fruto de su época es que el propio Clemente VII autorizó su publicación. Veamos cuál era la situación política de Italia en la época en que Maquiavelo actúa. No existía todavía Italia en el concepto moderno, es decir, una unidad política ; no existía un Estado italiano. Existían en cambio diversos Estados, como ser repúblicas, ducados o principados ; y por encima de todos ellos el poder del Papado, que no es un poder espiritual sino más bien un poder temporal. Agregando a esto, la Italia es el

campo de acción de los alemanes, del rey de Francia Carlos VIII y del rey de España Fernando el Católico. No existe nada que signifique la unidad italiana. Aquellas ciudades autónomas viven en guerra permanente las unas contra las otras, y a esto hay que agregar la existencia de tropas mercenarias, a cuyos jefes se les distingue con el nombre de *condottieri*, los jefes de la *condotta* que es la tropa que está hoy al servicio de un señor y al día siguiente al servicio de otro, mediante el pago determinado, y cuya existencia en el escenario de aquellos tiempos y en aquellos lugares es, al decir de algunos autores, la causa de la prolongación de las guerras, pues los *condottieri*, como fácil es suponerlo, viviendo de la guerra, tenían interés en que el Estado a que servían precisara de ellos permanentemente, para lo cual no les convenía el triunfo de quien los alquilaba, ya que terminada la guerra concluía también el pago de sus servicios. De aquí que las guerras perduraran, y que los mercenarios, que no poseían ningún patriotismo, ni siquiera la simple adhesión a las ciudades cuyos amos les pagaban, se arreglaban con los que prestaban servicios en bandos contrarios para que las luchas continuasen.

Este era el panorama que ofrecía la Italia de aquellos días cuando el gran florentino empezó a actuar. Florencia es una república, y Maquiavelo, nacido de una familia burguesa, elévase por sus propios medios hasta ocupar el cargo de secretario de los Diez, que forman el gobierno de su patria. En ese gobierno llega a desempeñar la función de canciller de la Señoría, para lo cual fué nombrado por un mes y que desempeñó durante catorce años, demostración clara y evidente de la eficacia de sus servicios y del genio político extraordinario que debió poner en las funciones que desenvolvió. Además, fué designado en varias oportu-

nidades embajador de su patria ante Francia, Alemania y el Papado, y ante el propio César Borgia. Maquiavelo es el primer diplomático florentino. En cuanto surgía una cuestión que afectaba los intereses de Florencia, era él quien representaba a la república en el extranjero. En aquella época de la historia, en que existían dificultades de comunicación y en que primaban criterios tan particulares para juzgar los hechos, en que la palabra empeñada y el honor de las personas nada valían, porque se encontraban a merced del interés cambiante de la política, la opinión del diplomático que iba a investigar en el adversario o en el posible enemigo del día siguiente, cuáles eran sus ocultas intenciones y sus propósitos reales, era de una importancia extraordinaria, y la función que le tocaba desempeñar erizada de inconvenientes.

Una de las más importantes legaciones que Maquiavelo desempeñó y que sirvió para lanzar contra él un juicio que aun perdura, es la legación ante César Borgia. Este último era hijo natural, reconocido, del papa Alejandro VI, *gonfaloniero* y capitán general de los ejércitos de la Iglesia, considerado como el más grande estratega de su época. Realizó una importante cruzada militar para someter las ciudades de Romaña y la Toscana al poder de la Iglesia. El éxito lo acompañó siempre, a pesar de que en algunos casos halló brava resistencia a su paso. A este éxito contribuyó, sin duda alguna en gran medida, el hecho de que algunas ciudades que se encontraban bajo el poderío prepotente de ciertos señores, aspiraban a la liberación, y sin saber qué régimen les deparaba el porvenir, recibían a Borgia en muchos casos como a libertador. A pesar de sus éxitos, un día se levantaron en su contra algunos de sus capitanes en un motín militar que estuvo a punto de malograrse, no sólo sus campañas y su poderío, sino hasta

su propia vida. Cualquiera otra persona sin las condiciones de este *condottiere*, hubiera sentido decaer su ánimo, pero él no desmayó ante esto, que sólo era un inconveniente pasajero, y trató de recuperar lo perdido; su primer paso en este sentido fué obtener la benevolente simpatía del rey de Francia, Luis XII a la sazón. Esta alianza motivó que los florentinos no se decidieran a apoyar a los *condottieri* en contra de César Borgia, lo que hubiera sido la catástrofe definitiva. Maquiavelo en estas circunstancias fué designado delegado de Florencia para tratar con Borgia, y el resultado de toda esta gestión aparece reproducida en una serie de cartas publicadas en su libro fundamental, *El príncipe*, dirigidas a la Señoría de Florencia. Estas cartas son elogiosas en extremo para el gran capitán, y todo el libro de Maquiavelo aparece influenciado por la figura de César Borgia, lo que ha bastado para que el juicio adverso de sus enemigos cargara todas las tintas en su contra. Sin pretender entrar en todos sus detalles históricos del momento político, cabe establecer que César Borgia fué atrayendo hacia sí, uno por uno, a todos sus capitanes alzados en armas, que fueron entregándose porque se convencieron de que, no obstante su fortaleza, nada podrían hacer contra Borgia sin ayuda de Francia, Florencia y Venecia; y cuando el célebre *condottiere* tuvo sometidos a cuatro de sus principales capitanes rebeldes, los encerró y los hizo asesinar. En el campo de Sinigaglia donde estos acontecimientos tuvieron lugar, acompañaba a César, como representante de Florencia, el propio Maquiavelo, y en la carta que él escribiera a la Señoría de Florencia, haciendo referencia a aquel hecho de Borgia, sostiene que se trata del « divino engaño de Sinigaglia ». En verdad, César Borgia traicionó a sus antiguos amigos, pero en realidad éstos habíanle traicionado

primeramente. El no podía ignorar que si sus capitanes se le entregaban era porque lo veían fuerte y prepotente, y no porque se tratara de pecadores arrepentidos que declararan en ese acto su adhesión definitiva al jefe. Y esta serenidad de espíritu de César Borgia que, sin vacilar un solo momento, suprimió en esa forma a sus amigos, fué objeto de una grande admiración por parte de Maquiavelo y motivó a aquél su elogio sin reservas estampado en las comunicaciones que el ilustre florentino enviara a su gobierno. Existen quienes pretenden justificar a Maquiavelo afirmando que no debe darse mayor crédito a la sinceridad que él pudiera poner en aquellas comunicaciones diplomáticas, que debían ser transportadas a caballo y propensas a caer en manos de los emisarios de Borgia, quien en caso de leer comunicaciones desfavorables a su persona o a su política, hubiera podido vengarse cruelmente de Maquiavelo. Pero tal hipótesis parece desprovista de fundamento; creemos más bien que Maquiavelo, de acuerdo con las ideas y el criterio de su época, hallaba perfectamente justo que el que había sido víctima de una traición castigara al traidor en forma que no le permitiera volver a cometer otro acto análogo. La psicología especial de César Borgia, que en otras ocasiones dió pruebas de igual severidad para reprimir actos de traición, nos induce a afirmar que cuando Maquiavelo emitía elogios sobre aquél era sincero, aunque marcaba una manera particular de ver los hechos que juzgaba.

Examinemos qué otra razón fundamental animó a Maquiavelo a sentirse atraído por la figura de César Borgia, tan vilipendiada en todos los tiempos. Al contemplar el cuadro que ofrecía su patria, Italia, teatro de querellas intestinas, de luchas entre ciudades y ciudades, de invasiones de españoles, franceses y alemanes, Maquiavelo aca-

riciaba el ideal de la unidad italiana y creía ver en Borgia la persona indicada para emprender tan magna obra, animado por el espectáculo que ofrecía el gran *condottiere*, cuya acción desenvuelta en la Romaña había dado por resultado el sometimiento a su mando de todas las ciudades. Su preocupación por la unidad de su patria está reflejada en el capítulo XXVI de *El príncipe*, intitulado *Exhortación para librar a Italia de los bárbaros*, donde dice : «Meditando en cuanto he dicho y discurriendo si los tiempos actuales son a propósito para que un príncipe nuevo, prudente y virtuoso estableciera nuevas instituciones, honrosas para él y buenas para la generalidad de los hombres, entiendo que concurren tantas cosas en favor de esta excelente empresa, que difícilmente podrá realizarse en época más oportuna. Y si era necesario, como antes dije, para apreciar las dotes de Moisés, que el pueblo de Israel estuviera esclavo en Egipto; para conocer la grandeza de ánimo de Ciro que los medas oprimieran a los persas, y para estimar las excelentes condiciones de Teseo, la dispersión en que estaban los atenienses, así que al presente, para aquilatar el valor de un genio italiano, era indispensable que Italia llegase a la triste situación en que hoy se encuentra, siendo más esclava que los hebreos, más sierva que los persas, y estando más dispersos sus habitantes que los atenienses; sin jefes, sin organización; batida, saqueada, destrozada, pisoteada, sufriendo toda clase de calamidades. Y aunque al principio pudo esperarse que alguno estaba destinado para su redención, vióse después que en la mitad de su camino abandonaba la fortuna de modo que, casi exánime, espera quien cure las heridas, ponga término a los saqueos y robos de Lombardía, de Nápoles y Toscana, y la libre de las plagas que sufre desde hace largos años»... Este párrafo, entre otros muchos

de la obra *El principio*, bastan para justificar muchos de los extremos del pensamiento de Maquiavelo con respecto a César Borgia, a quien consideraba como la persona capaz, aunque no deseable, de obtener la anhelada unidad de la patria.

Consideremos desde otro punto de vista el ambiente en que Maquiavelo desenvuelve su pensamiento y escribe sus obras. El italiano del Renacimiento es un hombre para el cual la idea del valor, la idea del coraje no despierta ni entusiasmo ni exaltación alguna; es amante de las letras y de las artes, del progreso y de la civilización. Es un hombre laborioso, entregado por completo a su labor, sea ésta espiritual o concretada a las faenas agrícolas o del comercio; sobre todo, una persona contemplativa desde el punto de vista de un ideal filosófico. Es menos hombre de acción que de pensamiento, pero no concibe que cuando se quiere destruir al enemigo haya de guardarse con él armas leales, sino por los medios más enérgicos. A través de sus ojos serenos no se transparenta nunca el odio y el rencor que siempre alienta en su espíritu, y por el contrario, se esmera en disimularlo. Siendo de este jaez los individuos que actúan en el ambiente que contempla y estudia Maquiavelo, ¿podrá afirmarse que sea invención suya la hipocresía, la traición, la falacia, la falta de lealtad en los compromisos contraídos, y no más bien el reflejo de la realidad que examine y vive, inspirado siempre en algún ideal superior? A nuestro juicio, si Maquiavelo afirma que el fin justifica los medios, es a condición de que ese fin sea superior, de indiscutible beneficio común, de su alto sentido político y moral, y era una finalidad moral puesto que se trataba de beneficiar a todos los italianos, la de conseguir, por ejemplo, la unidad italiana, cualquiera fuesen los medios puestos en práctica para obtenerlo. Desde

el punto de vista de la moralidad de las costumbres, la sociedad italiana en la época de Maquiavelo sangraba, endeble, pálida y enferma; profundas heridas morales la aquejaban, y que la Iglesia, con todos sus pretendidos recursos espirituales, no alcanzaba a cicatrizar. La vida religiosa de Italia no llegaba a sanear las costumbres italianas. Se era religioso hasta los extremos mientras que al mismo tiempo se llevaba una vida de libertinaje. El pontificado mismo estaba preso de esa podredumbre contagiosa, compartiendo con aquel estado de cosas. Estas líneas apenas son un pálido reflejo del medio ambiente en que actúa el genial político florentino.

¿Qué es la política? ¿Existía una armonía entre el concepto de la política de Maquiavelo y el de la Edad media y el del Renacimiento? ¿Es la política una ciencia o un arte? ¿En cuál de estos conceptos hallamos encauzado al gran florentino?

Adviértase el enorme contraste entre el ideal de Maquiavelo y el ideal de la Edad media y el del Renacimiento. El hombre tiene su misión en este mundo; no es la contemplativa de la Edad media ni es la idílica del Renacimiento. La vida no es un juego de la imaginación y del idealismo. Para Maquiavelo es indispensable subordinar el mundo de la imaginación, como la religión y el arte, al mundo real tal cual lo establece la experiencia y la observación.

La política siempre se refiere al Estado, ya que « *polis* », en griego, significa « ciudad », y el primer Estado que la historia ha contemplado y analizado, desentrañando de él las primeras leyes, ha sido la ciudad griega. Pues bien: la política, para Maquiavelo, está íntimamente hermanada con el concepto de patria. Y ese idea de la patria no la ve satisfecha en la situación política medieval, donde

la Iglesia todo lo quiere subordinar y tener bajo su férula, y como una reacción al dominio papal sostiene que las comunas son la verdadera patria; que la patria es una divinidad superior a la moralidad y a la ley; para la patria todo es lícito. Razón de Estado y salud pública son las fórmulas más corrientes de expresión de este concepto. Su divinidad ha bajado del cielo a la tierra y se llama patria. Su voluntad y su interés son la ley suprema. La patria absorbe aún a la religión y quiere una religión de Estado como un instrumento de gobierno. (De Sanctis).

La palabra política sintetiza todo lo que se refiere al Estado y a su gobierno. El derecho político, en esencia significa el estudio de la política, en cuanto a la organización y funcionamiento del Estado y en cuanto a los deberes que éste contrae con sus elementos constitutivos. Desde luego ciencia política quiere decir lo mismo que ciencia del Estado. Pero, ¿la política es realmente una ciencia? Algunos escritores se oponen a esta denominación, por cuanto consideran que nada hay más cambiante, más movedizo que la política, y concluyen diciendo que si la política varía constantemente, no puede ser una ciencia. Sin pretender abordar en toda su amplitud este aspecto de la política, por nuestra parte diremos que la política es ciencia y es arte a la vez. Maquiavelo la considera como el arte de alcanzar el gobierno y mantenerse en él. Mas no es esta la forma de encarar la política como disciplina científica. La política es al mismo tiempo una ciencia, por cuanto tiene por objeto el Estado, que es una entidad que corresponde a una ley natural. Si el Estado, por ley natural, se organiza y existe, si responde a leyes que son superiores a la voluntad de los hombres; si esas leyes son *constantes* en lo fundamental, aunque *variables* en cuanto a la organización interna del Estado en sí, es evidente que el estu-

dio de estas leyes naturales que dan formación y esencia al Estado, respondiendo a un equilibrio permanente, constituye una ciencia. Dicho en otros términos : el estudio de las leyes constantes a que el Estado está sometido, es lo que constituye la ciencia política.

Es interesante y fundamental el estudio de las ideas políticas, porque en una disciplina como ésta es imposible pretender la existencia de verdades absolutas, pues el movimiento de la civilización está constantemente proporcionando datos y formas diversas de encarar los múltiples problemas atingentes al Estado. Existe una vinculación íntima entre las ideas políticas y la organización de los Estados. *El príncipe* de Maquiavelo, libro de enorme realismo político, está imbuido de la moral de su tiempo, del criterio corrompido, del engaño y de la astucia política, que constituyen los grandes méritos de los hombres de Estado en las repúblicas italianas, entre los que se encontraba Maquiavelo y a través de sus páginas podemos reconstruir el cuadro que presentaba el Estado en aquella época. Los comentadores de esta obra de Maquiavelo se agrupan entre sus detractores vehementes y los que pretendan justificarla entendiendo que hay en ella una intención irónica. Por nuestra parte creemos que siendo Maquiavelo un republicano, sus ideas republicanas campean en las páginas de *El príncipe*, dedicándose en él de manera especialísima, casi exclusiva, de los principados nuevos y no de los principados hereditarios. En este sentido, aparece su obra adoptando un punto de vista unilateral. Sus adversarios, que no niegan el espíritu democrático y republicano de su autor, pretenden poner de relieve su baja moralidad, su espíritu abyecto, fundando este juicio en la justificación que Maquiavelo hace de la残酷 de los gobernantes y de la necesidad en ciertas circunstancias de no guardar la fe prometida.

A través de su criterio político desarrollado en *El principio*, se mantiene fiel al principio de que la mayor rémora para la suerte de un Estado proviene de la conducta y acción de las clases privilegiadas, a quienes llama « los magnates », y que son personas que por razón de su nacimiento o de fortuna viven sin hacer nada y del trabajo de los demás. Asegura que mientras existan en el Estado esos magnates no puede haber régimen de libertad e igualdad. Este pensamiento liberal de Maquiavelo se irradia por todas las páginas de sus obras. Sostiene, tanto en *El principio* como en las *Décadas de Tito Livio*, que el día que desaparezca en el Estado un régimen igual, se habrá producido la ruina de las libertades.

Surge de inmediato la pregunta de que si es este el pensamiento de Maquiavelo, cómo ha sido este escritor constantemente considerado como el inspirador de los tiranos, como la fuente de todo gobierno despótico, como el teorizador de la fuerza, de la violencia, de la corrupción de las costumbres. La respuesta podrá darse después de establecer el verdadero carácter de *El principio*, cosa que haremos refiriéndonos a citas literales de su pensamiento, extraídas de su obra. Con anterioridad hemos afirmado que Maquiavelo es un escritor realista porque extrae de la realidad de la vida, del espectáculo que el Estado le presenta, su criterio y su juicio. La frase ya conocida « prefiero decir la verdad como es, a como nos imaginamos que es » define su criterio realista; y refiriéndose a los que abordan la política desde el punto de vista puramente teórico, a los entregados a la fantasía construyen la ciudad ideal desde Platón hasta el canciller Tomás Morus, dice : « Principados y repúblicas que nunca se vieron en la realidad, los han soñado muchos en la fantasía. »

La expresión de que « el príncipe debe ser bueno o malo, según lo aconsejen las circunstancias » ha arrancado el concepto de inmoralismo político que se atribuye a su obra. Pero veamos, cuándo a juicio de Maquiavelo, debe ser malo el príncipe. Caen en un gran error los que consideran que para Maquiavelo el príncipe debe obrar con maldad, con falacia, con mala fe, cuando le interesa individualmente esa actitud. Con diversas citas hemos de ver cómo para Maquiavelo la maldad del soberano o su mala fe, sólo se justifica cuando se tiene en mira un bien superior para la mayoría del pueblo. Conviene observar que la expresión « pueblo » jamás es abandonada por Maquiavelo.

El político florentino sostiene que el príncipe, en ciertas circunstancias debe ser malo, siempre que su maldad pueda resultar un beneficio general. Este juicio lo expresa diciendo : « Diría que se hace buen empleo de la maldad — si es que puede llamarse bueno a lo que es malo por su naturaleza intrínseca — cuando se emplea por una sola vez con el objeto de afianzar y cimentar el dominio y luego no se repite, procurando que la maldad que se haga se convierta en instrumento útil para el pueblo. » Nuevamente vemos aquí su pensamiento sobre el beneficio del pueblo. Vamos a abordar el punto central que provoca la teoría de este escritor. A Maquiavelo se le considera como el fundador de la teoría de la « razón de Estado », según la cual se justifica el atropello al derecho ajeno, a la moral y a la buena fe y hasta a la vida, cuando existe una razón de Estado. La frase corriente de que « el fin justifica los medios », forma la esencia del criterio de Maquiavelo, sólo es aceptada por éste en cuanto el fin que ha de justificar los medios sea un fin bueno, un fin honesto, un fin que asegure el bien común.

Trataremos de analizar ligeramente algunas expresiones que Maquiavelo emplea para ser fiel a su pensamiento fundamental de que debe contemplarse la realidad de la vida del Estado para deducir luego consecuencias de esa realidad, aunque ellas puedan resultar contrarias a la moral corriente. Al referirse a César Borgia y al error fundamental que según Maquiavelo cometió al propiciar la designación de Julián de la Rovere para la silla pontificia, que ocupó con el nombre de Julio II — por haber sido éste enemigo de la casa de los Borgia con la que se había reconciliado en la última época de su vida, y del que había recibido Borgia vivas muestras de amistad y respeto, dice Maquiavelo (capítulo VII : « Se engaña el que supone que, entre altos personajes, los favores recientes hacen olvidar los desfavores pasados. La ruina definitiva de César Borgia consistió en haberse equivocado completamente en esta elección. »

En otra ocasión, al referirse a la conducta de los poderosos con aquellos que han estado a su lado, y que lo han ayudado en su ascensión, establece como regla general este pensamiento que encierra un profundo sentido de verdad aun cuando se considere que no está de acuerdo con la moral más pura : « De aquí se desprende una regla general que no falla nunca o falla raras veces como es la de que quien ayuda a otro a engrandecerse trabaja en daño propio porque el apoyo se presta o con habilidad o con la fuerza, medios ambos que infunden graves sospechas al que llega a ser fuerte y poderoso. » Todo esto nos está demostrando que el secretario florentino persigue en su obra apartar la política de la moral, no porque la política no deba tener moral; sino porque ambas marchan por senderos distintos, obedecen a fenómenos diversos y porque toda construcción de carácter político, fundada en la moral, po-

drá ser más o menos buena pero ello no significa que no se aparte de la realidad empírica de la vida de los Estados. No es un inmoralista pues él no hace elogio alguno a la inmoralidad; no hace elogio alguno a la tiranía aunque sí desarrolla su teoría en sus diversas manifestaciones. Y si hubiéramos de apelar a sus propias palabras para destruir este pretendido inmoralismo de Maquiavelo véase la frase siguiente bien elocuente a tal fin. Dice él en el capítulo XXI de *El principio* : « El príncipe debe ser amigo de la virtud, honrar a los que sobresalen en alguna profesión, alentar a sus vasallos para que ejerzan tranquilamente su misión respectiva, lo mismo en la agricultura, que en el comercio, que en artes liberales, para que no se abstengan de mejorar sus fincas por miedo a que otro se las quite y para que, por miedo a los tributos, otros ciudadanos no quieran abrir nuevos cauces al comercio. Por el contrario, premiará a los que se propongan realizar tales cosas y a cuantos de cualquier modo sepan engrandecer su Estado o su ciudad. Debe además distraer al pueblo con fiestas y espectáculos. Como los ciudadanos en todas las poblaciones están divididos en gremios de artes y oficios, procure el príncipe asistir a sus juntas y asambleas alguna vez, dando ejemplo de bondad y de grandeza, no rebajando en ningún caso la dignidad de su rango, que siempre ha de mostrar en todo lo que haga y en cualquier asunto que intervenga. » Estas frases son de un sentido claro y preciso; sin embargo, no debe ser el pensamiento de Maquiavelo para todos, tan cristalino y transparente, cuando tantos escritores se han constituido en sus sistemáticos detractores.

Uno de los capítulos que con más justificación movería a considerar que existe una contradicción entre las expresiones de Maquiavelo que hemos analizado, y las que en

éste se formulan, es el capítulo XVII intitulado : *De la crueldad y de la clemencia y de si vale más ser amado que temido.* Pero debemos recordar que en todo momento que Maquiavelo cuando habla de las monarquías no alude a aquellas fundadas por líneas dinásticas, lo que vale decir, monarquías hereditarias sino que se refiere a las monarquías nuevas, a las que es elevado el nuevo monarca, o por la violencia, o por la astucia o por la fortuna. Teniendo en cuenta este criterio es que debe analizarse cuál es el juicio central que inspira el pensamiento del secretario de los Diez. Al avanzar una opinión sobre la obra de este escritor, no olvidamos que es necesario hacerlo a la luz del estudio del ambiente en que actuó, en la que la astucia y la mala fe eran la manera normal de proceder, como antes hemos dicho.

Es evidente que la moral de nuestro tiempo podría volverse contra el pensamiento de aquel hombre que vivió, pensó y escribió en tan extraordinario ambiente político-social, pero, no obstante, habrá que reconocer la exactitud de las afirmaciones suyas como ésta que se halla en el capítulo que acabamos de mencionar : « Los hombres suelen ser ingratos, versátiles, dados a la ficción, esquivos al peligro y muy amigos de las ganancias. Si les favoreces, se dicen completamente tuyos y te ofrecen su sangre, sus bienes, sus hijos y hasta su vida, cuando, como ya he dicho, no haya peligro alguno de que tales cosas puedan resentirse. Como peligren se pondrán enfrente de tí. El principio que descansa en las promesas de los hombres y no cuenta con otros medios que tales promesas está perdido, porque el afecto que se compra y no se alcanza por nobleza de ánimo deja de existir cuando los contratiempos de la vida le ponen a prueba. De modo que no puede contarse con él. Los hombres ofenden antes al que aman

que al que temen, porque la amistad, como es lazo moral, se rompe muchas veces por los malvados, que se curan más de sus intereses. En cambio, el temor hace que piense en un castigo que trate naturalmente de esquivar. »

He aquí otro pensamiento cuya importancia y profundidad caracteriza a este extraordinario escritor cuando aconseja al príncipe no quedarse nunca con las haciendas de sus súbditos « porque los hombres podrán olvidar la muerte del padre pero no la pérdida del patrimonio ».

Después de haber hecho la afirmación de que el príncipe debe necesariamente llegar a infundir temor para que se le respete, dice : « Escritores conozco de tan poco seso que admirán las hazañas de Aníbal al mismo tiempo que censuran su crueza, cuando hay que afirmar que todo el valor del famoso general de Cartago se hubiera eclipsado sin su dureza de condición. »

Volvamos por un instante al célebre suceso de Siniaglia en donde Borgia hizo asesinar a sus capitanes rebeldes a pesar de haberseles éstos sometido y aceptado él esta sumisión; debemos expresar que aun cuando el espíritu de la época actual se alza contra una traición tan refinada como la de que César hace víctima a sus lugartenientes, debemos concluir que no fué aquel más que un acto que respondía a la moral de su tiempo, y máxime si analizamos las circunstancias que rodearon aquel hecho. Limitándonos a la descripción que hace Maquiavelo sobre la actitud de uno de esos capitanes — Oliverotto de Fermo — con Borgia veamos en las páginas de *El príncipe*, capítulo VIII, la pintura que él hace del personaje : « En la época que vivimos, y durante el pontificado de Alejandro VI, quedó huérfano desde muy niño Oliverotto de Fermo, criándolo y educándolo Juan Fogliani, hermano de su madre. Desde muy joven consagróse a la

carrera militar a las órdenes de Pablo Vitelli, con el anhelo de aprender el arte de la guerra y conseguir en la milicia un excelente grado. Al morir Pablo, entró Oliverotto al servicio de su hermano Vitellozzo, y en muy pocos años, gracias a su valentía y a su ingenio, llegó a ser uno de los mejores capitanes de su ejército. No estaba, sin embargo, muy de acuerdo en ponerse a las órdenes de otra persona atesorando tan excelentes cualidades. Así es que proyectó, contando con el auxilio de algunos ciudadanos de Fermo más amigos de la servidumbre que de la libertad, y con el apoyo de Vitellozzo, apoderarse de Fermo. Y escribió a Juan Fogliani, diciéndole que llevaba muchos años fuera del hogar y que quería volver a él, pasear de nuevo en su ciudad y hacerse cargo de su patrimonio, ya que habiendo laborado tanto para conquistar honras, a fin de probar a sus conciudadanos que no había perdido sus horas, quería ir pomposamente acompañado y escoltado de cien caballeros, amigos y parciales suyos, logrando que procurase que los habitantes de Fermo les recibieran con toda magnificencia, honrando así a preceptor y discípulo, puesto que Juan Fogliani le había educado a él en el ejercicio y manejo de las armas. Siguió Juan Fogliani las indicaciones de Oliverotto su sobrino, al que recibieron con toda solemnidad en Fermo, alojándole en su palacio. Pasadas 24 horas, que se emplearon en preparar todo lo concerniente a la maldad que abrigaba en su pecho, convidió a un banquete a Juan Fogliani y a todos los principales señores de Fermo. Terminado el festín y los entretenimientos anejos a esta clase de fiestas, Oliverotto disertó sobre un tema de gran trascendencia, discutiendo sobre la grandeza del papa Alejandro, de su hijo César y de las empresas de ambos. Juan y los demás invitados respondían a sus argumentos, cuando Oliverotto

se levantó de improviso para sugerir que semejante conversación era para sostenerse con más secreto y reserva, encaminándose acto seguido a otra estancia, seguido de Juan y de los otros huéspedes. Y así que tomaron éstos asientos, unos soldados que había ocultos en la pieza asesinaron a Juan y a los demás. En seguida montó Oliverotto en su caballo, corrió la ciudad y sitió en su palacio al supremo magistrado de ella. Todos le obedecieron por miedo, organizó un gobierno e hizo su proclamación de príncipe. » Como se ve Oliverotto de Fermo lleva a Fogliani, que es quien lo ha criado y educado, a una emboscada cobarde, y lo asesina. Este es uno de los hombres a quien atrae Borgia y hace asesinar en Sinigaglia. No es nuestra intención justificar ni uno ni otro crimen, y si hacemos mención de estos hechos que Maquiavelo ha contemplado es para probar que cuanto éste dice en su obra que el príncipe debe cuidarse de la mala fe, y que aun debe emplearla él, llegado el caso, no hace más que fijar un concepto común en las gentes que actúan en el ambiente en el que vive. De modo que, en su obra no le interesa esbozar la silueta de un hombre perfecto, un varón de alma blanca e inoculada, sino que analiza los hechos que observa y deduce de ellos sus consecuencias. A la luz d^a este criterio el escritor florentino resuelve la cuestión de si vale más al príncipe ser amado que temido, en las siguientes palabras : « Volviendo, para concluir, al tema de si un príncipe debe ser temido o amado, diré que los hombres aman según su voluntad y que temen según la voluntad de el príncipe. De modo que si el príncipe tiene prudencia, debe cimentar su poder en sí mismo y no en los demás procurando únicamente que no le odien sus vasallos. » (Capítulo XVII).

Pues bien, esta idea de no provocar el odio está muy

cercana a la idea de provocar el amor a los vasallos, y así lo expresa más adelante completando realmente su pensamiento.

Pasemos ahora a considerar uno de los aspectos más criticables y más criticados de *El príncipe*. Nos referimos al capítulo XIII intitulado : *Cómo debe guardar el príncipe la fe jurada* en que se llega a la conclusión de que el príncipe no siempre debe obrar de buena fe. « El príncipe — como todos saben — debe preferir sin duda la lealtad a la falacia... » empieza diciendo. Conviene detenerse un instante en la expresión : « Como todos saben », ¿qué significa esta frase? Sencillamente que el autor establece como una verdad vulgar, algo que está en el espíritu de la mayoría de las gentes, aunque se viva en una época de abyección moral como aquella. A renglón seguido de la frase transcrita, Maquiavelo pasa a analizar las circunstancias en que es posible proceder con buena fe y aquellas en que no lo es. Dice : « Unas veces se combate con las leyes y otras con la fuerza. Las leyes son propias de los hombres, pero la fuerza, de los animales. Muchas veces hay que acudir por la fuerza allí donde no basta la ley. Los príncipes han de saber salir airoso de ambas clases de combate. Los escritores antiguos lo sabían muy bien y sabían decirlo por medio de una alegoría, afirmando que Aquiles y otros héroes de los tiempos primitivos fueron creados por el centauro Chirón que los tenía en su guarda. Esta alegoría de un preceptor, hombres a medias y a medias bestias, quiere decir que el príncipe ha de ejercitar ambas naturalezas, porque no puede darse sola ninguna de ellas. » Y luego, añade : « Ha de ser tan dúctil (el príncipe) que sepa plegarse a las circunstancias que las vicisitudes de la vida le deparen, y mientras pueda ser bueno, no deje de serlo, cosa que no reza

para cuando tenga que dejar de serlo por suprema necesidad ». ¿Cuáles son estas circunstancias de « suprema necesidad » a que se refiere Maquiavelo? Lógicamente debe tratarse de circunstancias excepcionales puesto que a través de todas las páginas de su obra sostiene la necesidad, en todo momento, de guardar la fe jurada, a pesar de la idea opuesta que pudiera aparecer en este capítulo. Pero, ¿por qué sostiene la necesidad de que en alguna ocasión el príncipe se aparte de la buena fe prometida? La idea básica que le guía al establecer sus juicios deriva del concepto que se ha llamado la « razón del Estado ». Según su pensamiento la razón de Estado consiste en la libertad del pueblo, en la igualdad de todos los habitantes del país y ante este solo objeto superior puede el príncipe faltar a la promesa de su fe.

Aun sus más grandes adversarios no desconocen que él sea un apasionado de la libertad y que su moral es el fruto de su época. Maquiavelo solo ha aspirado a reflejar la realidad; no ha pretendido edificar una moral para uso de los filósofos ni para los que se remontan en las alas de la fantasía. Además, hay que tener en cuenta que estamos juzgando a Maquiavelo a cuatro siglos de distancia; que los preceptos que son morales para una sociedad no siempre lo son para los de otra sociedad. ¿Y quién puede asegurarnos que la moral del porvenir será la misma que rige hoy nuestra vida? Nadie tiene derecho a afirmar que las verdades de la actualidad sean de tal manera absolutas y eternas que no pueda esperarse su transformación. La evolución del mundo, de los pueblos y de los individuos nos demuestra que nadie puede precisar cuáles sean las etapas que la moral ha de alcanzar en esa evolución. Hay que confesar que existe mucha hipocresía en el juicio adverso que se hace contra Maquiavelo y los que lo

emiten proclamándose esencialmente buenos, afirmando abominar la maldad del político florentino, sería necesario que probaran en la acción, en la práctica, que en realidad poseen esa moral tan sólida como la que proclaman. Ejemplos como el de Federico II de Prusia, autor de una obra en que condena a Maquiavelo pero cuya condenación es esencialmente teórica pues en el ejercicio del gobierno, Federico el Grande demuestra haberse inspirado en los peores conceptos de *El príncipe*, nos induce a hacer estas reflexiones.

CONCLUSIONES

Después de haber considerado con la detención debida el espíritu y el realismo de *El príncipe* por fuerza debemos llegar a una serie de conclusiones que no pueden exponerse sin antes no hacer una exposición sucinta de las conclusiones que otros autores han deducido del complejo de su obra.

Si se nos ha seguido a través de las páginas que anteceden se podrá haber visto que en ellas hemos considerado a la obra no como un conglomerado de consejos y recetas políticas sino como una obra orgánica animada por un espíritu que la explica en gran parte; que el realismo es una de las cualidades propias de ella. Luego pues de considerarla en estos aspectos y en la forma en que fué encarada por nosotros las conclusiones que acerca de esta obra podríamos deducir fluyen por sí solas. Pero antes de exponer las consecuencias de la serie de premisas por nosotros sentadas anteriormente creemos conveniente hacer un análisis más o menos breve de las conclusiones y causas de las

críticas de diversos autores, no olvidando que muchas de ellas se han debido al encargo de diversos personajes por lo cual las dejaremos de lado como la ordenada por el cardenal Richelieu en su defensa y sólo trataremos aquellas que han aportado nuevos puntos de vista al enfocar el asunto desde diverso plano y con desigual criterio. Para ello trataremos sucesivamente las críticas de los hombres de la Iglesia, la de los protestantes, la de B. de Saint-Hilaire; la de Federico el Grande, la teoría de Gentille y Rousseau, la crítica de Ranke, la de Gervinus, la de lord Macaulay, la de Bauemgarten y la de P. Villari y luego de ello expondremos nuestras propias conclusiones.

Las críticas de los prelados

Es necesario declarar antes de entrar de lleno en la materia, que la situación moral de Italia cambia casi bruscamente pocos años después de la muerte de Maquiavelo que ocurrió en el año 1527. La reforma primero y luego su consecuencia la contrarreforma y el concilio de Trento que traen consigo una depuración notable entre el personal que componía el cuerpo de altos dignatarios de la Iglesia y una austeración (*sic venia verbo*) de las costumbres en general. Así que el libro que fuera considerado en su primer momento por todos como una expresión natural de los sentimientos reinantes fuera luego repudiado y atacado, en un comienzo, principalmente por los jefes de la Iglesia iniciándolo el cardenal Polo de Inglaterra. Este prelado las inició con gran ardor y sus continuadores no han hecho más que repetirlos con mayor o menor variante en los epítetos dirigidos al autor y a la obra y entre los cuales el de menor calibre parece ser el

« de enemigo del género humano ». Construyen toda la crítica en un examen aislado de las máximas sin reparar en las condiciones en que fueron pensadas y expuestas, del fin que tenían considerando y juzgando como reglas de moral absoluta aquellas que no son más que normas de conducta política y así llegar a ser alteradas de modo tal de no poder reconocerlas o presentándolo como un hombre a quien solo anima una pasión : el odio al bien. Si a las anteriores consideraciones sobre todo a las que hemos hecho al comienzo, se agrega el divorcio que establecía Maquiavelo entre el Estado y la Iglesia, a quien él consideraba como un rodaje ocioso, como un peso muerto y que en ciertos momentos se oponía decididamente a la unidad italiana que él perseguía ; si tenemos en cuenta que para Maquiavelo la religión debe ser de Estado y por lo tanto un instrumento de gobierno tendremos la clave de estos ataques desmedidos contra él.

Los ataques de los protestantes

Los reformistas dirigen diatribas furibundas contra *El príncipe* y su autor con tanto o más ardor que los jesuítas, aunque por diversas causas que para considerarlas hemos de analizar con suma brevedad. Estas críticas se han redactado en los siglos XVI y XVII, en que las diversas casas reinantes de Francia y otros países tratan de conseguir la unidad política y religiosa y que aplican en forma sumamente profusa los consejos de Maquiavelo. Las persecuciones crueles, la noche de San Bartolomé, el bautismo obligatorio de los niños, la prohibición bajo pena de muerte de emigrar, la conversión por la fuerza, son otras tantas calamidades que le achacan agravadas por las circunstan-

cias de que gozara su pequeño libro de gran valimiento en las cortes reales y de quien Catalina de Médicis, reina de Francia, hacía grandes elogios, por quien el gran cardenal ordenó escribir un libro en su defensa. ¿Cómo se quiere, pues, que bajo de estas circunstancias no llegaran como Gentillet, a llamarlo « *chien impur* » ? Para ellos, él era el inspirador de aquella tiranía cortesana que asesinaba y oprimía sin piedad para conseguir una unidad por la fuerza, que era precisamente lo que buscaba Maquiavelo, con los consejos que daba para su patria, como no se quiere que los conceptos ofensivos en que se le llamaba « el triste », herético, el ateo que llevaba a la ruina al pueblo que lo seguía fueran pequeños comparados con la suma de desgracias que tenían que sufrir y cuya inspiración le achacaban ? Es por ello que estas repulsas llenas de pasión y casi de odio no deben ser tomadas en cuenta por el crítico imparcial.

B. de Saint-Hilaire, ha hecho de la obra objeto de uno de los más apasionados ataques y que se pueden resumir en las siguientes frases suyas, que tomamos de la obra de Villari, tomo II, páginas 434 a 437 : « *Pour peindre d'un mot cette politique c'est le génie appliqué à la scélérité* » « Cuáles sean sus méritos, su política quedará para siempre deshonrada. Y esto por dos razones : la perversidad del corazón y el mal método que él no ha ni siquiera inventado, sino solo llevado al extremo. » Estas frases solamente muestran el valor de la crítica y del método empleado en hacerla, por lo que no entraremos en mayores disquisiciones.

Ahora entraremos a considerar una de las críticas adversas, que por ser quien la hacía, príncipe de una de las primeras casas reales de Europa, por haber corregido la obra el ironista filósofo más grande de su siglo, nos referimos a Federico de Prusia y su padrino y animador literario Voltaire; por el ruído que produjo esta crítica acerba contra

la política preconizada en *El principio*, nos ocuparemos con relativa extensión de ella.

Dejando a un lado las vicisitudes de este libro, los diferentes consejos de Voltaire en la confección de la obra y que lo animó a publicarla entraremos de lleno y brevemente a ocuparnos de la esencia de su crítica para compararlo luego con sus actos, su carácter y sus propias frases. En el *Antimaquiavelo*, que es el libro por él escrito, afirma que es la obra escrita por uno que quiere enseñar a los ladrones y a los asesinos; afirmación, que hace luego de hacer un estudio de máxima por máxima del libro, con completo olvido de la situación en que fué escrito.

Ahora que hemos resumido en estas palabras el andamiaje muy vacilante por lo demás de su libro, entraremos a considerar si la teoría del joven príncipe heredero se puede conciliar con la política del rey de Prusia. Lord Macaulay, le atribuye una de las virtudes maquiavélicas más profundas : su amor al trabajo. No tuvo ministros en el concepto de un secretario autorizado para obrar, tuvo un favorito, ex ayuda de cámara que era el intermediario en las órdenes a sus ministros a quienes a veces no conocía. Seguía los consejos dados en *El principio*, capítulo IX; todo lo ordenaba, lo sabía y lo hacía; todas las mañanas despachaba los asuntos pendientes en todas las ramas de la administración. Era de una economía parsimoniosa, se cita para ello el conocido suceso de la carroza de gala que no le impidió construir grandes obras públicas; economía a la que agregaba un gran amor al orden. Gastaba casi dándose un aire de liberalidad que junto con la justicia y la piedad son sus falsos semblantes. Considera a todos los hombres como pillos desvergonzados e irreligiosos y se rodeó de tales, los que fueron sus embajadores, contándose aquel caso de su enviado a Constantinopla que volvió relatando una

serie de cuentos de hadas e invenciones de toda especie. (Este ejemplo, como casi todos los que citamos aquí, están tomados de la obra de Ch. Benoist, « *Le Machiavellisme de L'Antimachiavel* », 2^a edición, París, 1915).

Es de una gran impenetrabilidad, siguiendo aquel consejo de Maquiavelo : « *E secreto, segretissimo.* » Sólo los descubría cuando le era imprescindible para conseguir su objeto. Todo el fin de sus acciones era el interés, pero no el público, sino el particular propio. De una generosidad reconocida aparente todas sus acciones filantrópicas tienen un fin más secreto que el de la propia caridad, como las pensiones a las viudas y huérfanos de soldados, que lo hizo para animar a los combatientes. Además de las riquezas, estima pocas cosas. Es conocido el caso, que no citamos textualmente por no tenerlo a mano, en que anunciándole que un terrateniente bávaro quería ser barón, él dijo : ¡Cómo!, será conde « y al anunciarle sus diferentes riquezas, le iba agregando una piedra a su corona hasta llevarlo al principado. » Una de las frases, cuando se le reprochaba su familiaridad con su ex ayuda de cámara, es la siguiente : « Noé es su abuelo y el mío; es la confianza y no la familiaridad que tienen inconvenientes. » Era de una absoluta irregularidad decía él : ¡Creéis que Dios se ocupa de los hombres y de su felicidad individual? Es como si las hormigas de mi jardín que yo aplasto sin pensar en mi paseo creyeran lo mismo. Dios si se ocupa lo hará por la especie y nada más. »

Albert Catt, que era un poeta de origen suizoalemán y que fué favorito durante muchos años, lo pinta en esta forma : « Pensamientos cínicos, a menudo obscenos; falta absoluta de sinceridad, farsante de la literatura; juega la comedia del suicidio; bromista cruel tiene necesidad de humillar y hacer sufrir. »

Para terminar esta pequeña semblanza transcribiremos

varias frases de él : « El estudio en el que estoy menos versado es la política, es un estudio de engaño poco hecho para mi carácter. » « La política es la sirena más encantadora; engaña a todos, amigos y enemigos. En general, mi querido, los principes son canallas, uno se corrompe con ellos, ¿no lo cree usted? Villano oficio, el suyo, donde, como en todos los otros, es necesario destreza y astucia. La bondad es peligrosa en los principes. » Sentía una profunda fobia hacia el clero; decía: « Estos sacerdotes canallas, estos píllos, estos bellacos que se burlan casi siempre de Dios, de los reyes y de los hombres. » « La guerra es un oficio, en el cual el más pequeño escrupulo, echaría a perder todo. » « ¡Quiéres pasar por un héroe? Llega intrépidamente al crimen. ¡Quiéres pasar por un sabio? Falsifícate con arte. » Si la moral tiene recursos para todos los hombres, no le podían faltar para los reyes y las conveniencias territoriales pueden entrar en sus principios. (Al leer esto, uno no puede menos de pensar en la traición de María Teresa y el robo de Silesia.) Decía que todas las garantías diplomáticas no eran sino encaje de filigrana, hermosos para ser mirados, pero demasiado frágiles para resistir a las ligera presión... Y él apoyaba fuertemente con todos sus dedos. La filigrana de los tratados se deshacía; su puño pasaba a través, pesado y rápido. Su personalidad la podemos sintetizar en estas palabras, de un autor que en este momento escapa a nuestra memoria : « Un conjunto raro de grandes talentos, de vicios consumados y de virtudes aparentes, de éxitos brillantes y desgracias inevitadas. » Se equivoca, pues, R. Von Mohl, al decir que entre él y Maquiavelo hubo un equívoco. Algo más. Su *Antimaquiavelo*, es una lección bien aprendida; es un rasgo del más profundo maquiavelismo. Con él, a todos engañó, todos elogiaron su obra y pensaron que cuando él subiera al trono renovaría

las glorias de un Tito o un Marco Aurelio; uno de ellos fué Voltaire, que luego dijo : « Pudo ser el guía de la cristiandad y reinar sobre ella; prefirió ser el azote de la humanidad. » Al que no engañó fué al abate Fleury, que al recibir un ejemplar del libro, escribió a Voltaire : « Si el autor no fuera príncipe, merecería serlo. Con tal que el virtuoso joven Telémaco, no se convierta luego en el Ulises, lleno de astucias. » ¡Palabras proféticas del viejo abate! El rey iba a aplicar las máximas que el príncipe aparentaba repudiar superando en partes al maestro.

La teoría de Alberico Gentille

Gentille, que es un filósofo del derecho natural, sostuvo, creando escuela que tuvo como discípulo nada menos que a Jacobo Rousseau, que el libro estaba escrito para los republicanos. En él Maquiavelo da consejos a los príncipes para que exagerando la tiranía lleguen al exceso insopportable y arrastren al pueblo a la revolución a la vez que indicaba los medios por los cuales los tiranos engañan a sus súbditos y les indicaba veladamente la forma de deshacerse de ellos. No hay teoría más errónea. Comienza fundándose en el error y acaba en él. Ya hoy ha sido desechada por completo; según ellos, *El príncipe*, pasaba a ser el evangelio de los republicanos, era el conjunto de consejos que daba un amante de la libertad para que los príncipes se perdieran. No hay nada más falso. Al escribir Maquiavelo, no había pensado en la libertad, sino en la unidad : es por ello, como creemos haber dicho ya, descuidan sus sostenedores el último capítulo de la obra.

Como una variante de esta teoría, podemos considerar la

que expuso y sostuvo Bacon y « es que el tratado fuera un modelo de grave ironía dirigido a advertir a los pueblos de las artes de los ambiciosos (Macaulay, *Ensayo sobre Maquiavelo*), y que consideramos tan falta de base que no nos extenderemos sobre ella.

Leo Ranke, en una obra juvenil y pequeña, de tamaño, dirige una crítica relacionándola con los *Discursos* y el *Arte de la guerra*, y la considera destinada a buscar la unidad italiana. A más de no tener en cuenta la época y el patriotismo de Maquiavelo, cae en el error común a muchos, como Zambelli y R. Von Mohl, de considerar la obra también desde el punto de vista moral. Pero, como sostiene Gierke y como hemos dicho anteriormente, uno de los méritos de Maquiavelo es haber separado la ciencia política de la moral. Una ciencia no es moral ni inmoral, es ante todo ciencia y la verdad que la ciencia investiga no puede ser lo uno ni lo otro; es la verdad y por lo tanto, la ciencia es amoral.

Lord T. B. Macaulay, publicó en una revista de Edimburgo, un artículo que tuvo en su momento gran resonancia por la autoridad del autor y la novedad en la forma de encarar y pretender justificar la obra de Maquiavelo. En este artículo, encara el problema de un punto de vista netamente histórico. Hace en él una reseña, que por lo demás, ocupa casi toda extensión del artículo, de la época histórica en que vivió. Es en ella, sostiene él, que *El principio*, tiene aplicación. Todo para él se reduce a considerar la obra como un producto histórico de su tiempo y de las costumbres reinantes. Al tratarlo en particular, hace una crítica más literaria y declamatoria que científica, errando a veces conceptos como aquel en que le reprocha de no haber comprendido que la felicidad pública y privada van unidas. Pero a pesar de todo, queda como uno de los buenos es-

tudios sobre todo de carácter histórico y con el mérito de haber llamado la atención sobre las costumbres y la época del Renacimiento, como uno de los factores de la crudeza de la obra.

Gervinus, siguiendo la corriente patriótica alemana anterior a la unidad, hace una crítica científica y malograda en gran parte por su excesiva pasión patriótica. Considera a Maquiavelo, patriota sincero, pero afirma que ha sido un hombre que sólo ha sabido ver el aspecto exterior de los hechos y de las cosas, producida, según él, por el desconocimiento de la historia y lírica griega que tuvo y por estar excesivamente embebido en el espíritu de la Roma pagana. Comete además, dos errores de gran peso, amén de gran cantidad, que pasamos de largo por ser de poca monta o por ser comunes a casi todos sus críticos. El primero, es el de revestir a Maquiavelo con ideas modernas : indudablemente, poseyó o entrevió muchas verdades políticas, así al menos lo deja ver su obra, pero no en tal cantidad y calidad de las que Gervinus le atribuye. El otro craso error, sobre todo en el examen de un libro como *El príncipe*, es la actitud tomada por este crítico, que en cuanto se encuentra con máximas de un realismo cruel y agudo, no trata de explicarla, sino de atenuarlas. Podemos concluir que Gervinus, arrastrado por su patriotismo, ha comprendido esta faz de *El príncipe*, pero su comprensión parece limitarse a ésta y con ella pretendió justificarla cuando esta obra no necesita justificación de ninguna especie, sino una explicación integral de ella, que intentaremos hacer luego. Bauemgarten, no ha dedicado una obra especial al tema. En su libro sobre Carlos V (y con esto se tendrá quizá una idea de la importancia e influencia que ejerció *El príncipe*, que en una obra dedicada al estudio del emperador, haya el autor necesitado dedicar y estudiar amplia-

mente este libro en él), hace una reseña de las críticas hechas al libro y al autor y concluye afirmando que si bien es cierto que el tiempo justifica en parte la crudeza de la obra, es propio de los grandes hombres elevarse por sobre sus contemporáneos. Afirma que fué una elaboración de ocasión e interesada para conseguir un empleo y declara finalmente, que el capítulo último no tiene relación alguna con el resto de la obra. Cuando tratamos del « espíritu de la obra », creemos haber refutado ampliamente esta crítica falaz y sin fundamento alguno por lo que no insistiremos aquí. Poco después de consumada la unidad italiana y casi se puede decir como un homenaje al gran patriota que fué Maquiavelo, Pasquale Villari le dedicó un estudio profundo y acertado sobre su obra y cuyas conclusiones nos cabe el honor de compartir en su totalidad, salvo aquella sobre la moral pública que luego expondremos.

Este autor, después de sus extensas consideraciones y notables estudios que hace, resume todas sus conclusiones en pocas páginas, al final del tomo III y como ya queda dicho, compartimos sus puntos de vista al respecto, salvo sobre el punto mencionado, nos limitaremos en este lugar a la enunciación de los postulados fundamentales a que llega y luego, cuando las expongamos en particular, lo haremos in extenso. Son éstas :

- I. Fué un espíritu influenciado por la corrupción de costumbres de su época;
- II. Su obra está animada por un gran patriotismo y un profundo amor a la libertad;
- III. Bajo la influencia de la cultura romana precristiana, su obra está impregnada de un crudo realismo;
- IV. Lo que daña a su obra es la forma absoluta en que expone sus pensamientos;
- V. Considero y con razón, que la moral privada no tie-

ne que tener influencia sobre los actos de los hombres públicos, pero cometiendo el error de no pensar si sus actos en carácter de tales no estarían sujetos a normas morales especiales.

Ya hemos dicho que compartimos en casi su totalidad, las consideraciones a que llega Villari, salvo la quinta, por nuestra enumeración que creemos no está justificada como luego expondremos.

Respecto al primer punto, que compartimos sin restricciones ni salvedades de ninguna especie, creemos necesario hacer una reseña del estado de las costumbres de aquellos tiempos. En una sociedad en que la cabeza visible de la Iglesia mantiene relaciones conyugales y reconoce públicamente a los hijos nacidos de tales uniones; en que los votos de los cardenales se compran por toda clase de prebendas; en que la mayor parte de la vida de los hombres está dedicada al amor y la de las mujeres al arreglo físico de su persona; en que la astucia, la deslealtad bien realizada, la crueldad « sabiamente » empleada son títulos de honor e índice de la condición intelectual de una persona; en una época en que sale de un caos de obscuridad y fanatismo bajo la influencia del paganismo y con ideales absolutamente contrapuestos con los de la era que le precedió, en un siglo, en fin, en que se produce la más completa renovación de valores, este joven florentino nace a la vida política acompañando en carácter de delegado de su patria, al duque de Valentinois y que bajo la influencia de su siglo le admira su destreza en el engaño, la astucia y la crudelidad, en que observa que se puede ser absolutamente inmoral y gran jefe de Estado, como lo ha sido César Borgia, en el que observa que el cerebro domina la conciencia que continúa o aparenta continuar siendo esencialmente ético-cristiana, no pudo menos, él también, de sentirse presa de

esos sentimientos que reinaban omnipotentes entre las clases más altas y cultas de la sociedad, porque el bajo pueblo mantenía su austereidad de costumbres, no puede menos, repetimos, su obra que ser la expresión cruda de esos sentimientos reinantes en el momento.

Pero si sólo consideramos su época y las costumbres de ella, no podríamos menos, como muchos de sus adversarios, que considerarlo como una aberración de los sentimientos morales que la educación inculca al hombre. Hay algo más en su obra, es su gran patriotismo y su profundo amor a la libertad. El primer tópico ya lo hemos tratado al considerar el espíritu de su obra y que para nosotros es aspecto positivo establecido sobre bases incombustibles. Escribir sobre su amor a la libertad parecerá paradojal para sus críticos adversos, cuando, como se podrá haber visto, hemos rechazado la teoría de Gentille y Rousseau, por artificial; y lo que parece contradicción, no es más, como se verá, si no confirmación de nuestras anteriores aseveraciones: *El principio*, ha sido escrito en condiciones particulares respecto a su otra obra, los *Discursos*, sobre las décadas de Tito Livio; él escribió aquella obra haciendo un paréntesis a la redacción de ésta y parecería, pues, que existiera una contradicción flagrante entre la una y la otra, y sin embargo, no es así; *El principio*, si cronológicamente, es casi simultáneo a los *Discursos*, le precede intelectualmente si se considera esta observación: *El principio*, es la obra mediante la cual Maquiavelo pretende establecer un gobierno nuevo y la unificación de Italia, y en los *Discursos*, trata de la forma, con gran acopio de materiales y citas de la antigüedad, sobre todo del paganismo romano, de conservar a dicho Estado y que él resume en la libertad. No son, pues, expresiones contradictorias de su pensamiento, son faces distintas, son diferentes momen-

tos que se suceden en la elaboración de sus conceptos; *El príncipe*, sin las *Décadas*, mantendría este equívoco y supuesta contradicción.

Influenciado por el renacimiento de la cultura pagano-romana, que como la luz que sin transición desvanece la obscuridad produciendo profundo desconcierto entre todos, en él lo realizó impregnándolo de un realismo que llega en algunos momentos a una crueldad insospechada, que él, ironista por naturaleza, y que siempre se ha dedicado a estudiar el aspecto ridículo de los hechos humanos, lleva, hasta lo que Glassenap califica de cinismo. Pero no nos extenderemos más sobre este aspecto por haberlo tratado con anterioridad.

Si estas páginas fueran dedicadas al elogio sin límites de su obra, haciendo un panegírico de ella y no una crítica (si tal puede considerarse los esfuerzos hechos para llegar a tal cosa), tendríamos que detenernos en la consideración de ella, pero pretendiendo elaborar algo más que un conjunto de elogios, trataremos a continuación las dos objeciones de peso y fondo que le hace Villari, adhiriéndonos sólo a la segunda de ella; son estas críticas la exactitud de considerar que las normas morales que rigen los actos privados de los hombres no tienen influencia sobre el jefe de Estado, está empañada por el error de no haber considerado si el jefe de gobierno como tal podría estar regido por normas especiales y la segunda (que es la única que compartimos), que cometió el error de expresar sus pensamientos en forma absoluta y no haber sabido ver lo que hay de variable en los hechos humanos.

Es un acierto, y es indiscutiblemente esto, que tuvo Maquiavelo al divorciar la moral privada y la política. Como ya hemos dicho en otro lugar, la ciencia no tiene moral, es esencialmente amoral porque la verdad de la ciencia in-

vestiga, no puede ser inmoral ni moral : es o no es verdad y nada más; todo concepto que la quiere valorar desde el punto de vista ético es erróneo y su observación absolutamente falsa. Es por ello que nos ocuparemos de la objeción que hace suya Villari al decir que Maquiavelo no entrevió ni consideró que podría haber una norma moral para los hombres de Estado. El mismo Villari la destruye, en nuestro concepto, cuando refuta la apreciación de ciertos autores que acusaban de obra inmoral a *El príncipe*, diciendo que hay que tener en cuenta que el jefe de Estado se diluye espiritualmente por entre sus gobernados y que en sus actos no se trata ya de una cuestión de conciencia pura, se trata de la salud pública que es lo que debe considerar primeramente el gobernante. He ahí, pues, la contestación que se hace Villari a la objeción; la norma que rige en sus actos públicos al jefe de Estado es la salud pública y el público interés. Pero se podrá objetarnos, ¿en la realización de estos actos, que la moral privada califica duramente y que son necesarios a interés del Estado, no hay vallas morales de carácter especial que los rija? Si los hoy, ¿entonces nuestra argumentación no cae por su base? No. Maquiavelo, al no aceptar aparentemente, una moral para el jefe de Estado, lo ha hecho, en nuestro concepto, llevado por un extenso realismo y por la forma absoluta en que expresa sus ideas. En forma absoluta de expresión es para nosotros la crítica más grave que se le puede hacer. Que tienen una moral los hombres de Estado, Maquiavelo también lo cree y así dice que los príncipes, es preferible que sean buenos y virtuosos, pero con la condición que puedan ser malos y deshonestos (respecto a la moral privada), cuando el bien público lo exija. Entonces, para Maquiavelo, hay una cortapisa moral que limita la acción del príncipe : es el bien público. Todo lo que para el in-

terés del Estado es necesario, es lícito a cometerlo. Y bien : los Estados del pasado, como del presente, no han hecho sino aplicar esta regla ; tenemos a Bismarck, el canciller de hierro, cuyo rasgo de mutilar un telegrama para provocar una guerra preparada y que él consideraba necesaria para Alemania, hoy está recordado por una lápida conmemorativa en la de Postdam ; y bien : esto que Maquiavelo expuso en términos crudos está justificado para un gran pueblo que lo recuerda con monumentos y sin embargo, para los críticos del florentino, es uno de los defectos graves de que adolece la obra y sin embargo, sus consejos y las aplicaciones dadas por el despacho de Postdam, no hay más diferencia que de palabras que esconden sus verdaderas fa-ces ; el uno lo ha expresado con términos crueles por excesivamente crudos y los otros han invocado la salud pública, la necesidad nacional y sobre todo, aunque no lo confiesen, el éxito que coronó la obra. Y por esto, para uno la crítica acerba y para el otro, monumentos que recuerdan el rasgo a las generaciones venideras invitándolas a repetirlo.

Es por ello, compartiendo la opinión de F. de Sanctis, el defecto capital de Maquiavelo y muy grave es la forma absoluta de expresión de su pensamiento ; esta falta de consideración hacia los elementos y hechos variables de la naturaleza humana es lo que empaña en varios pasajes las verdades de sus conceptos. Este defecto está demasiado pa-tente en su obra para que intentemos una demostración de él.

Como conclusión final, podemos decir repitiendo con Villari, que si la Europa occidental encontró en el feudalismo una de las bases de su conservación, la Alemania en la Reforma de Martín Lutero, Italia negándose volver a Dios

con Savonarola, buscó en el ideal de la Patria, la renovación de sus energías y Maquiavelo inspirado por su profundo amor a la patria y a la libertad, con un gran realismo en la expresión, es el exponente más grande de esta aspiración itálica de su siglo.

Isaac Halperin. Martín Andino.